

Poema de la destrucción

"Dresde"

Fanny Rubio. Editorial Devenir
Serie poesía, 31. 91 páginas
Madrid, 1990

NEUS AGUADO

A Fanny Rubio (Linares, 1949) le debemos, entre otros abundantes y acertados estudios sobre poesía, cuantos nos dedicamos al rastreo poético "Las revistas poéticas españolas (1939-1975)", que en más de una ocasión nos ha proporcionado el dato preciso de un poema perdido en una revista de cualquier pueblo de la geografía literaria.

Al margen de las obras en verso y en prosa editadas hasta la fecha por la autora ("Retracciones", "Reverso", "A Madrid, por capricho"...), "Dresde" aparece como la descripción del derribo, la ruina convertida en materia de edificación que va más allá de la destrucción anímica, de la ruina del espíritu.

No es casual escoger una ciudad destruida y reconstruida para destruir y reconstruir el lenguaje poético. Aunque Dresde es una simple



Fanny Rubio, nuevo viaje iniciático

excusa —como suele ocurrir— para desarrollar el Dresde interior de la autora, la autodestrucción y al tiempo el deseo de salvarse que se refleja en las páginas del libro.

Fanny Rubio empezó el libro en la ciudad de Dresde (primavera de 1985) y lo terminó (septiembre de 1988) en Berlín occidental. Hay siempre algo de iniciático en cualquier viaje. El alejamiento físico y psíquico de nuestro entorno, que se produce al viajar, ayuda a que el lenguaje maneje desde la entraña del dolor/hastío, euforia/resignación, deseo/placer, aburrimiento/recreación. Como asegura Pere Gimferrer en el prólogo es "(...) la historia de una ciudad y sus fantasmas, la de una escritora y sus fantasmagorías, enfrentadas en juego de espejos, trasunto de la otra".

La cruda verdad no será jamás el remedio al dolor, el poeta está inmerso en los montajes literarios para sobrevivir, para edificar. Es por eso que los conatos de ficción afloran en "Dresde": ora es una escenografía o una puesta en escena, ora es un paisaje, pero este contenido aparentemente artificioso se nos presenta con un lenguaje que apuesta por el coloquialismo y por el prosaísmo. El libro tiene siete partes, la tercera "Atardecer en Garland", la quinta "Aldea de pescadores" y la

séptima "Die Schaffende Lust" son buena muestra de lo que acabamos de apuntar.

Sorprende encontrar un deje surrealista en cada una de las páginas, pero es el surrealismo lorquiano de "El público" o de "Poeta en Nueva York"; el surrealismo español que apenas tiene nada que ver con la ortodoxia francesa: "Ellas y yo compartimos una suerte de virus capaz de —recíprocamente— seducirnos en este pulso congelado... o de dejarnos tristes, cuando llueve, por lo menos durante media hora".

Hay irónica tristeza, hiriente lucidez en "Dresde": "Al final quien decide / es la campana de la iglesia, / como la lluvia que esta noche / resuelve nuestro invierno".

"Dresde" está repleto de trampas simbólicas, alegóricas y lingüísticas. "Dresde" resulta ser un itinerario de la frustración humana, una contraposición entre lo derrumbado y lo reedificado. No hay, sin embargo, y no tiene por qué, ninguna esperanza, ningún desasosiego trascendente. Hay, eso sí, intención de iluminar la inutilidad de los sentimientos, del gesto amoroso, de la presencia y de la ausencia de sentimientos: "No hay sangre, amor, es vino lo que golpea tu cara".

Debajo del disfraz estético se agazapa la pena última de la inutilidad. "Dresde", con sus diversas partes más o menos aleatorias, es un extenso y coherente poema que proyecta la lucidez del hastío, un libro maduro y necesario. ●